

Un día un CAI...

.....
*Imagina a toda la gente
 Viviendo la vida en paz.*

.....
*Imagina a toda la gente
 Compartiendo el mundo.*

*Puedes decir que soy un soñador,
 Pero no soy el único,
 Espero que algún día te unas a nosotros
 Y el mundo vivirá como uno.*

Imagina, John Lennon

Cuando los CAI eran una idea fue imposible no tener ideales. No tener ideales no sólo es casi imposible, sino que es riesgoso, entre otras cosas porque nos deja sin futuro y sin proyectos.

Hubo, entonces, al comienzo, un manojito importante de ideales que guiaron el surgimiento y la proyección del *programa CAI*, y hubo la transmisión de esos ideales a quienes en el transcurso de su desarrollo fueron sumándose al desafío de articular la realidad con esos ideales. Los equipos jurisdiccionales en primer término y los equipos institucionales luego, a medida que han ido tomando la posta, han sido depositarios de las expectativas asociadas a la propuesta, al programa, a los ideales del comienzo. Y podemos afirmar con seguridad que han ido sumando, como transformación resultante de su lectura, sus propias expectativas encarnadas en sus propuestas y sus ideales. No podía ser de otro modo, nunca puede ser de otro modo cuando los principios del trabajo en común son, entre otros, el sentido federal y la democracia.

Llevamos recorridos dos años. Acordarán con nosotros que un mismo lapso siempre puede ser percibido a la vez como corto o largo, como escueto o extenso, efímero o vasto, breve o prolongado, reducido o dilatado, según lo que consideremos y según las intensidades de los sentimientos y de las emociones que depositemos en los hechos ocurridos en su transcurso.

Así, estos dos años han sido veloces, y hasta efímeros, y hacen que sintamos -como dicen nuestros mayores- *'el peso del tiempo'*.

Así, estos dos años son apenas el prolegómeno de la historia de un proyecto que recién se ha largado a caminar.

En la tensión que instala esa doble y de, alguna manera, contradictoria o complementaria percepción del tiempo y de las cosas, volvemos a preguntarnos sobre algunas, o bien porque tenemos la sensación de que no nos acordamos cómo son *porque ya pasaron dos años*, o bien porque aún no las comprendemos porque no han terminado de constituirse *pues recién pasaron dos años*.

¿Cómo es un CAI? Más específicamente: ¿cómo, qué ocurre en un CAI? Y más particularmente: ¿qué distancia hay entre cada CAI y el CAI ideal (o la multiplicidad de CAI ideales) que dio lugar al proyecto y que intentamos dejar a la luz en las sugerencias de los documentos, en los intercambios de los numerosos encuentros?

A veces, en muchos casos y respecto de muchos aspectos, nuestras comunicaciones tienen interferencias; me refiero a las comunicaciones entre los equipos y dentro de los equipos. Y esas interferencias, que tienen diversas fuentes, subjetivas e institucionales, particulares y colectivas, aumentan, más de una vez, las posibilidades de que los interlocutores creamos -porque no nos escuchamos bien, porque los procesos interpretativos son arduos y a veces perturbadores-, que es análogo, semejante o parecido, lo que en verdad es diverso, distinto, cuando no opuesto.

Queremos compartir con ustedes cómo imaginamos que podría –¿tendríamos que decir ‘debería’?– *ocurrir* un CAI. Es, por supuesto, un ideal. En ese sentido es necesario que seamos claros y sinceros: probablemente nunca, ningún CAI, ocurra según esos modos. Pero los ideales nos permiten proyectar nuestros deseos, en el sentido de impulsarlos y orientarlos y sostener en y por ellos un proyecto que, como dijimos antes, es lo mismo que decir un futuro.

Sabemos de la complejidad que cada situación particular plantea, haciendo que aquí sea posible lo que allá es impensable. No obstante, nuestro *CAI–imaginado*, tiene el afán de ser una herramienta contracultural, es decir: que nos permita *trabajar(nos) en espejo, mirar(nos)*, para evaluar las distancias que nos separan -irremediable pero prometedoramente- del ideal, o, lo que es lo mismo: el caudal de deseos y de futuro puestos en juego.

También nuestro *CAI–imaginado* tiene el objeto de ser brújula, nunca certeza ni tierra prometida.

Es un CAI...

... del que chicos y chicas participan con la seguridad, permanente, *‘sábadamente’* renovada, de que hay adultos-institucionales-CAI esperándolos para *comunicarles una novedad*.

... en el que los *adultos-institucionales-CAI* están dispuestos a atravesar los obstáculos, no siempre visibles, que propone y devela el propio proceso de conformación de un grupo de trabajo, en el ejercicio semanal de la reflexión para la cual se ha conquistado un *tiempo-espacio* específico, como parte del *tiempo-espacio* de la propuesta general.

... en el que niñas y niños advierten que esos adultos tienen algo en común, un acuerdo que guía la propuesta particular de cada uno hacia un sentido colectivo, y que ese acuerdo ha sido pensado y establecido en un tiempo–espacio público: esa reunión en la que los y las más grandes piensan en los y las más chicos. En ese CAI, las niñas y los niños conocen -explícitamente- sus derechos, pero también las responsabilidades de esos adultos en relación con los derechos infantiles, explícitamente y a través de las propuestas y las tareas que esos adultos desarrollan para garantizarlos. ... que recibe a niñas y niños con una *ronda de inicio*, un momento–dispositivo que las y los ayuda a establecer un corte *entre el afuera y el adentro* del CAI, que los ayuda a disponerse a la complejidad de las tareas y actividades que realizarán en el marco de la convivencia. La ronda es la disposición física grupal más democrática: permite que todos los participantes queden a la misma distancia del centro que es donde ocurre, de manera simbólica, la *posibilidad* de encuentro; garantiza la presencia y permanencia de *lo común*, y en ese sentido, podemos pensar la ronda como algo esencialmente ligado a lo *comunitario*, un aspecto central de la propuesta CAI. En ese CAI, es también una ronda lo que señale la finalización de cada jornada y en la que se comunican las novedades descubiertas ese día. Y es en *rondas de discusión* donde chicas, chicos y adultos, dialogan acerca de las normas que deben regular su convivencia, para -en conjunto- construirlas, evaluarlas sistemáticamente, modificarlas o derogarlas.

... en el que no se da nada por supuesto, por obvio. “*Los chicos y las chicas ya saben como deben conducirse aquí porque lo aprendieron en la escuela y sus padres seguramente, también se lo dijeron, entonces para qué repetirlo cada sábado*”, es un pensamiento inadecuado en ese CAI.

... donde nada referido a las expectativas acerca de las posibilidades de los niños se piensa como imposible. “*Estos chicos y chicas no pueden sostener este espacio, porque... etc., etc.*”, es una idea retrógrada, porque todos esos etcéteras son subsidiarios de la desconfianza y la negación de las posibilidades creativo-constructivas de la infancia, y de cualquier sujeto a quien se le brinda la posibilidad de desarrollarlas, y en ese CAI la *confianza en el otro y en sí mismo* es un principio estructurante, si ese principio se esconde o se borra, entonces el CAI desaparece.

... que se ofrece, a través de un proyecto socioeducativo, como alternativa en el conjunto de espacios en los que niños y niñas se desarrollan como ciudadanos y ciudadanas: el familiar, el escolar, el club, la iglesia e, inclusive, *la ‘calle’*, sin enfrentarse ni confrontar con ellos, sino articulando su oferta con las de los demás, leyéndolos respetuosamente, para entenderlos en su diferencia.

... en el que los *adultos familiares* se apropian de un *tiempo-espacio* de participación donde les es posible compartir sus saberes pero también sus dudas, y aprender con otros, sin que caiga sobre ellos el fantasma de los estereotipos que los sindicán como *culpables* de los fracasos que sus hijos e hijas protagonizan, por ejemplo, en la escuela, quitándoles de ese modo la posibilidad de asumir la responsabilidad de una posición de colaboración que facilite a niñas y niños transitar caminos más favorables.

... en el que *el otro tiene lugar*. Porque coloca y sostiene como principio el respeto por la diferencia que cada uno/una encarna. Porque intenta comprender la difícil tarea de la espera en el marco del trabajo con otras personas, de una espera caracterizada por la confianza y la esperanza, una espera que considera tanto lo que *cada otro anhela y lo que está dispuesto a hacer para alcanzarlo* como lo que necesita como ayuda para encarar ese desafío. Porque se toma los tiempos prudenciales para definir cuándo una situación particular o colectiva, institucional o familiar, es un problema que requiere de una intervención desde la instancia pública y cuándo se trata de una situación que se construye desde perspectivas diferentes de las más comunes, de las más conocidas, de las parecidas a la de la mayoría, situaciones que enriquecen lo colectivo, lo popular, lo comunitario y que ese CAI va incorporando para ser cada sábado más plural, porque de eso se trata lo público: de que todas, todos, ocupen el lugar propio en el conjunto.